

La bohardilla del señor Jacobo

La escalera, estrecha ya y difícil al extremo del corredor, en el sitio donde Gilberto había tropezado con el primer escalón, se hacía mucho más difícil y estrecha desde el tercer piso que habitaba Jacobo; así que, no sin trabajo, pudieron llegar éste y su protegido á la bohardilla, que, como había dicho Teresa, era un verdadero granero, dividido en cuatro piezas, de las cuales tres estaban desocupadas. Verdad es que á excepción de la destinada á Gilberto todas eran inhabitables.

Era tal el declive del techo, que formaba con el suelo un ángulo agudo. En medio de esta pendiente, una ventanilla sin vidrios dejaba penetrar en el desván la luz y el aire, aquélla mezquinamente y éste con profusión, sobre todo en la estación del invierno.

Por fortuna estaba próxima la del estío, y sin embargo, por poco se apaga la luz que llevaba Jacobo cuando entraron en el granero.

El jergón de que Jacobo había hablado tan fastuosamente, yacía en efecto en el suelo y se presentaba desde luego á las miradas como el mueble principal de aquella estancia. En medio de un montón de libros roídos de los ratones, se veían esparcidos aquí y allí rimeros de papeles impresos amarillentos por las orillas.

En dos cuerdas colocadas transversalmente, y en una de las cuales por poco se ahorca Gilberto, bailaban, movidos por el viento, sacos de papel que contenían habichuelas secas en sus vainas, hierbas aromáticas y ropa blanca mezclada con algunos vestidos viejos de mujer.

— Esto no está muy bueno, dijo Jacobo; pero el sueño y la oscuridad igualan los más suntuosos palacios con las más pobres cabañas. Dormid como se duerme en vuestra edad, mi joven amigo, y nada os impedirá creer mañana que habéis dormido en el Louvre. Pero sobre todo, tened cuidado con el fuego.

— Sí, señor, dijo Gilberto algo aturdido con todo lo que acababa de ver y oír.

Jacobo salió sonriéndose y en seguida volvió.

— Mañana hablaremos, dijo. Creo que no rehusaréis el trabajo, ¿no es verdad?

— Ya sabéis, señor, respondió Gilberto, que ese es, por el contrario, mi único deseo.

— Deseo muy laudable, amigo mío.

Y Jacobo dió otro paso hacia la puerta.

— Se entiende que ha de ser un trabajo digno y honroso, respondió el puntilloso Gilberto.

— Yo no conozco otro, mi joven amigo; así pues, hasta mañana.

— Buenas noches, y gracias por todo, dijo Gilberto.

Jacobo salió, cerró la puerta por fuera, y Gilberto se quedó solo en su zaquizamí.

Asombrado primero y petrificado después de hallarse en París, se preguntó si era en efecto París aquella ciudad donde se veían alcobas semejantes á la suya; pero reflexionando en seguida que en resumidas cuentas el señor Jacobo le cedía aquella alcoba de limosna, y recordando que así también se daba la limosna en

Taverney, no sólo cesó su admiración, sino que ésta comenzó á dar lugar al agradecimiento.

Con la vela en la mano recorrió, no sin tomar las precauciones recomendadas por Jacobo, todos los rincones del desván, curándose muy poco de los vestidos de Teresa, de los cuales no quiso distraer ni uno solo para que le sirviera de cobertor.

Clavó su vista y atención en los rimeros de papeles impresos que después despertaban en el más alto grado su curiosidad; pero los papeles estaban atados con bramante, y no se atrevió á tocar á ellos, apartando su vista de los legajos para fijarla en los sacos de habichuelas, los cuales estaban formados de un papel muy blanco, pero impreso también, y unidos los pliegos con alfileres.

En un movimiento algo brusco que hizo Gilberto, tocó la cuerda con su cabeza y cayó uno de los sacos.

Mas pálido y azorado que si hubiese violentado la cerradura de una arca de dinero, el joven se apresuró á recoger las habichuelas esparcidas por el suelo y meterlas en el saco.

Entregado á esta operación, miró maquinalmente el papel, y maquinalmente también leyeron sus ojos algunas palabras; estas palabras atrajeron su atención. Rechazó las habichuelas, y sentándose sobre su jergón, leyó, porque aquellas palabras estaban tan acordes con su pensamiento, y sobre todo con su carácter, que parecían escritas no solamente para él, sino también por él.

Helas aquí:

« Por otra parte, las costureras y camareras y las tenderas no me tentaban; yo necesitaba señoritas; cada uno tiene su capricho, y éste ha sido siempre el mío. No pienso como Horacio sobre este particular.

Sin embargo, no es la vanidad del estado y del rango lo que llama mi atención, sino una tez mejor conservada, manos más bellas, un adorno más gracioso, un aire de delicadeza y aseo sobre toda la persona, más gusto en los modales y expresión, un vestido más fino y mejor hecho, un calzado más lindo, cintas, encajes y cabellos mejor recogidos y aderezados. Yo preferiré siempre la menos linda que tenga todo esto. Á mi mismo me parece esta preferencia muy ridícula, pero mi corazón la da á pesar mío. »

Gilberto tembló, y el sudor bañó su frente; era imposible expresar mejor su pensamiento, definir mejor sus instintos y analizar mejor su gusto. Sólo que Andrea no era « la menos linda que tenía todo esto, » sino que tenía todo esto y era la más hermosa.

Gilberto, pues continuó leyendo ávidamente.

Después de las líneas que hemos citado, seguía una encantadora aventura de un joven con dos muchachas; la historia de una cabalgata acompañada de esos gritos encantadores que hacen á las mujeres más encantadoras todavía, porque revelan su debilidad, de un viaje á la grupa de una de ellas y de un regreso nocturno mucho más encantador y delicioso.

El interés iba en aumento; Gilberto había deshecho el saco y leído todo lo que tenía de impreso con cierta palpitación de corazón; miró las páginas por si las demás correspondían á las que ya había leído, y vió que estaban interrumpidas, pero encontró siete ú ocho sacos que parecían ser correlativos. Quitóles los alfileres, vació las habichuelas sobre el suelo, las amontonó y leyó.

Pero esta vez era también otro asunto el que aquellas nuevas páginas contenían: hablábase en ellas de los amores de un joven pobre y desconocido con una

dama principal. Ésta había descendido hasta él, ó más bien, él había subido hasta ella, y la dama le había acogido como á igual suyo, haciéndole su amante é iniciándole en todos los misterios del corazón, sueños de la adolescencia que tienen una realidad tan breve, que al llegar al otro lado de la vida no se nos presentan ya sino como uno de esos metéoros brillantes pero fugitivos, que se deslizan en medio de un cielo estrellado de primavera.

En ninguna parte se nombraba al joven, pero la dama principal se llamaba la señora de Warens, nombre dulce y encantador.

Gilberto pensaba en la felicidad de pasar así toda una noche leyendo, y aumentaba este placer la idea de que todavía le quedaba una larga fila de sacos por despojar, cuando de repente se oyó un ligero chisporroteo; la vela, derretida por el recipiente de cobre, se hundió en la grasa líquida, se esparció por el granero un vapor hediondo, se apagó el pábilo, y Gilberto se halló en la oscuridad.

Había ocurrido este incidente con tanta rapidez que no había tenido tiempo para remediarlo; interrumpido, pues, en medio de su sabrosa lectura, estuvo á punto de llorar de rabia. Dejó caer los papeles que tenía en la mano sobre las habichuelas amontonadas cerca de su cama, y se acostó sobre su jergón, donde, á pesar de su cólera, se quedó dormido muy pronto y profundamente.

El joven durmió como se duerme á los 18 años; así es que no despertó sino al ruido del candado que Jacobo había colocado la víspera á la puerta del granero.

Era ya muy de día, y Gilberto, al abrir los ojos, vió á su huésped entrar suavemente en su estancia.

Lo primero que Gilberto vió fueron las habichuelas esparcidas y los sacos desbaratados.

Los ojos de Jacobo habían ya tomado la misma dirección.

Gilberto sintió subir á sus mejillas el rubor de la vergüenza; y sin saber demasiado lo que se decía:

— Buenos días, señor, murmuró.

— Buenos días, amigo mío, dijo Jacobo; ¿habéis dormido bien?

— Sí, señor.

— ¿Seriais sonámbulo por casualidad?

Gilberto ignoraba lo que era un sonámbulo, pero comprendió que la pregunta tenía por objeto pedirle una explicación sobre aquellas habichuelas fuera de sus sacos, y sobre aquellos sacos viudos de sus habichuelas.

— ¡Ay! señor, dijo, bien veo porqué me decís eso; sí, yo tengo la culpa de este desorden, y me acuso humildemente, pero lo creo reparable.

— Sin duda: ¿pero por qué se ha gastado toda vuestra vela?

— Me he acostado muy tarde.

— ¿Y por qué os habéis acostado muy tarde? preguntó Jacobo con cierta curiosidad.

— Por leer.

Los ojos de Jacobo recorrieron entonces todo el granero.

— Esta primera hoja, dijo Gilberto mostrando el primer saco que había descolgado y leído, esta primera hoja en que fijé la vista por casualidad, me interesó de tal modo... Pero vos, señor, que sabéis tantas cosas, ¿podéis decirme á qué libro pertenece?

Jacobo dirigió negligentemente la vista hacia el papel y dijo:

— No lo sé.

— Sin duda es una novela, exclamó Gilberto, una novela muy linda.

— ¿ Creéis que sea una novela ?

— Lo creo, porque se habla en ella de amores como en las novelas, sólo que se habla mucho mejor.

— Sin embargo, replicó Jacobo, como al pie de esta página leo la palabra Confesiones, creía.....

— ¿ Qué creíais ?

— Que podía ser una historia.

— ¡ Oh ! no, no ; el hombre que habla así no habla de sí mismo. Hay demasiada franqueza en sus confesiones y demasiada imparcialidad en su juicio.

— Pues yo creo que os equivocáis, dijo vivamente el anciano. El autor, por el contrario, ha querido dar al mundo el ejemplo de un hombre que se muestra á sus semejantes tal como Dios ha hecho al hombre.

— ¿ Luego conocéis al autor ?

— El autor es Juan Jacobo Rousseau.

— ¡ Rousseau ! exclamó vivamente el joven.

— Sí. Aquí hay algunas hojas sueltas de su último libro.

— ¿ Conque ese joven pobre, desconocido, oscuro y que casi iba mendigando por los caminos que recorría á pie, era Rousseau, es decir, el hombre que un día debía publicar el EMILIO, y escribir el CONTRATO SOCIAL ?

— Sí, él era, ó por mejor decir, no, dijo el anciano con una expresión de melancolía difícil de pintar. No, no era él : el autor del CONTRATO SOCIAL y del EMILIO, es el hombre desengañado del mundo, de la vida, de la gloria y casi de Dios ; el otro... el otro Rousseau... el de Mma. de Warens, es el niño que entra en la vida por la misma puerta que la aurora entra en el mundo ; es el niño con sus alegrías y sus esperanzas. Entre los dos Rousseau hay un abismo que les impedirá juntarse nunca ;... ¡ treinta años de desgracia !

El anciano meneó la cabeza, dejó caer tristemente

sus brazos, y dió muestras de entregarse á una meditación profunda.

Gilberto había quedado como deslumbrado.

— ¿ Conque según eso, dijo, es verdadera esa aventura con las señoritas Galley y Graffenried ? ¿ Es cierto que él ha sentido ese amor ardiente por Mma. de Warens ? ¿ Conque no ha sido una deliciosa mentira esa posesión de la mujer que amaba, posesión que le entristecía en lugar de trasportarle al cielo, como él esperaba ?

— Joven, dijo el anciano, Rousseau no ha mentado jamás. Recordad su divisa : *Vitam impendere vero*.

— La conocía, dijo Gilberto ; pero como no sé latín, jamás he podido comprenderla.

— Eso quiere decir : Consagrar su vida á la verdad.

— ¿ Luego es posible, continuó Gilberto, que un hombre que sale de donde ha salido Rousseau, sea amado de una dama hermosa y principal ? ¡ Oh, Dios mío ! ¿ sabéis que es cosa para volver locos de esperanza á los que partiendo de abajo como él, han dirigido la vista á objetos que están encima de ellos ?

— Vos amáis, dijo Jacobo, y veis una analogía entre vuestra situación y la de Rousseau.

Gilberto se ruborizó y no contestó á la pregunta.

— Pero no todas las mujeres son como Mma. de Warens, dijo ; las hay altivas, desdeñosas é inaccesibles, y es una locura amar á esas.

— Sin embargo, joven, dijo Jacobo, más de una vez se han presentado á Rousseau semejantes ocasiones.

— ¡ Oh ! sí, exclamó Gilberto, pero era Rousseau. Seguramente, si sintiera yo dentro de mí una chispa del fuego que ha abrasado su corazón é inspirado su genio.....

— ¿ Y qué ?

— ¿ Qué ? yo diría que no hay majer, por grande

que sea por su nacimiento, que pudiera contar conmigo, mientras que no siendo nada, ni teniendo la convicción de mi porvenir, cuando miro los objetos que están encima de mí, quedo deslumbrado. ¡ Oh ! quisiera poder hablar á Rousseau !

— ¿ Para qué ?

— Para preguntarle si en el caso de que Mma. de Warens no hubiese descendido hasta él, él hubiera descendido hasta ella. Para decirle : ¿ si os hubieran negado esa posesión que os ha entristecido, no la hubierais conquistado aun cuando para ello hubiese sido necesario...

El joven se detuvo.

— ¿ Necesario qué ?... preguntó el anciano.

— Un crimen.

Jacobo tembló.

— Mi mujer debe haberse levantado ya, dijo mudando de conversación : vamos á bajar. Por otra parte, jamás comienza demasiado pronto el día de un trabajador : venid, joven, venid.

— Verdad es, dijo Gilberto : perdonadme, señor ; pero hay ciertas conversaciones que me embriagan, ciertos libros que me exaltan, y ciertos pensamientos que me vuelven casi loco.

— Vamos, vamos, estáis enamorado, dijo el anciano.

Gilberto nada contestó, y se puso á recoger las habichuelas y á componer los sacos con ayuda de los alfileres ; Jacobo no quiso interrumpirle en su tarea.

— No habéis sido alojado suntuosamente, le dijo, pero al cabo tenéis lo necesario, y si hubieseis sido más madrugador, habríais aspirado por esa ventana emanaciones de verdura que no dejan de tener su mérito en medio de los olores nauseabundos que infestan á la gran ciudad. Esa ventana cae á los jardines de la calle de la Jussienne. Los tilos y los ébanos están

en flor, ¿ y respirarlos por las mañanas no es para un pobre cautivo acopiar felicidad para todo el día ?

— Amo todo eso vagamente, dijo Gilberto ; pero estoy demasiado acostumbrado á esos olores para que me llamen la atención.

— Decid que no hace mucho tiempo que habéis dejado el campo para echarlos de menos todavía. Pero vamos á trabajar.

Y mostrando el camino á Gilberto, le hice salir y echó la llave al candado de la puerta.

Esta vez condujo Jacobo á su compañero directamente á la pieza que Teresa había designado bajo el nombre de gabinete.

Algunas mariposas encerradas en sus fanales, hierbas y minerales dentro de marcos de ébano, un estante de nogal lleno de libros, una mesa estrecha y larga cubierta con un tapete de lana verde y negra, gastada y raída por el uso, y sobre la cual se veían colocados en orden algunos manuscritos, cuatro sillones de cerezo forrados de seda negra ; tal era el mueblaje del gabinete, todo él luciente, encerado, intachable por su orden y limpieza, pero frío á la vista y al corazón ; pues tan débil y escatimada dejaban entrar la luz las cortinas de siamesa, y tan distante parecía hallarse el lujo y hasta el bienestar de aquella ceniza fría y de aquel hogar negro.

Un clave de madera de rosa sostenido por cuatro pies rectos, y sobre la chimenea un reloj, recordaban solamente el uno con la vibración de sus hilos de acero, despertados por el paso de los coches en la calle, y el otro con el movimiento de su péndola, que vivía algo en aquella especie de sepulcro.

Gilberto entró respetuosamente en el gabinete que acabamos de describir ; parecíale el ajuar casi suntuoso, porque así era poco más ó menos el del castillo

de Taverney; sobre todo, el piso encerrado le imponía mucho.

— Sentaos, le dijo Jacobo mostrándole otra mesita colocada en el alfeizar de una ventana; voy á deciros cuál es la ocupación que os he destinado.

Gilberto se apresuró á obedecer.

— ¿Conocéis esto? preguntó el anciano.

Y mostraba á Gilberto un papel rayado en intervalos iguales.

— Lo conozco, respondió éste; es un papel de música.

— Pues bien, cuando he ennegrecido convenientemente una de estas hojas, es decir, cuando he copiado en ella tanta música como puede contener, he ganado diez sueldos: es el precio que yo mismo he fijado. ¿Creéis que aprenderéis á copiar música?

— Sí, señor; lo creo.

— ¿Pero no os desvanece la vista este baturrillo de puntos negros ensartados en rayas sencillas, dobles ó triples?

— Sí, señor. Al primer golpe de vista no comprendo gran cosa; sin embargo, aplicándome, distinguiré unas notas de otras; por ejemplo, mirad un *fa*.

— ¿Dónde?

— Aquí, ensartado en la línea más alta.

— ¿Y esta otra entre las dos líneas bajas?

— También es *fa*.

— ¿Y la nota que hay encima de la que está montada sobre la segunda línea?

— Es un *sol*.

— ¿Luego sabéis la música?

— Es decir, conozco el nombre de las notas, pero no conozco su valor.

— ¿Y sabéis cuándo son mínimas, semínimas, corcheas, semicorcheas y fusas?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vols. 1625 MONTERREY, MÉDICO

— ¡Oh! sí, sé eso.

— ¿Y estos signos?

— Este es una pausa.

— ¿Y este?

— Un sostenido.

— ¿Y este?

— Un bemol.

— ¡Muy bien! pero veo, exclamó Jacobo, cuya vista comenzaba á revelar esa desconfianza que le era habitual, veo que á pesar de vuestra ignorancia habláis de música como habéis hablado de botánica y hasta de amor.

— ¡Oh, señor, dijo Gilberto ruborizado, no os burleís de mí!

— Al contrario, hijo mío, me admiráis, porque la música es un arte que no se adquiere sino después de otros estudios, y me habéis dicho que no habíais recibido ninguna educación ni aprendido nada.

— Esa es la verdad, señor.

— Sin embargo, vos solo no habéis podido imaginar que ese punto negro colocado en la última línea era *fa*.

— Señor, dijo Gilberto bajando la cabeza y la voz, en la casa que yo habitaba había una ama joven que tocaba el clave.

— ¡Ah! sí, la que también se dedicaba á la botánica, exclamó Jacobo.

— Justamente, señor; tocaba muy bien.

— ¿De veras?

— Sí, yo deliro por la música.

— Todo eso no es una razón para conocer las notas.

— Señor, he leído en Rousseau que es incompleto el hombre que goza del efecto sin remontarse á la causa.

— Sí; pero también dice, contestó Jacobo, que

completándose el hombre con esta investigación, pierde su alegría, su candor y su instinto.

— ¿Qué importa, dijo Gilberto, si halla en el estudio un goce igual á los que puede perder?

Sorprendido Jacobo se volvió hacia el joven y le dijo:

— Vamos, no solamente sois botánico y músico, sino también lógico.

— ¡Ay! señor, desgraciadamente no soy botánico, ni músico ni lógico; sé distinguir una nota de otra, un signo de otro y nada más.

— ¿Luego solfeáis?

— No por cierto, señor.

— Pues bien, no importa; ¿queréis ensayaros en copiar? Aquí tenéis papel rayado; pero no lo echéis á perder porque cuesta caro; y aun podéis hacer otra cosa mejor: tomad papel blanco, rayadlo vos mismo y copiad sobre él.

— Sí, señor, haré lo que me mandáis; pero permitidme que os diga que este no es un estado que puede durar toda la vida, porque para escribir música, que no comprendo, vale más meterme á escribiente público.

— Joven, joven, habláis sin reflexionar lo que decís.

— ¿Yo?

— Sí, vos. ¿Por ventura es de noche cuando un escribiente ejerce su oficio y gana su vida?

— No, ciertamente.

— Pues bien, escuchad lo que voy á deciros; un hombre hábil puede, en dos ó tres horas de noche, copiar cinco de estas páginas, y hasta seis, cuando á fuerza de ejercicio ha adquirido facilidad en copiar y una costumbre de lectura que le ahorra mirar mucho al modelo. Seis páginas valen tres francos, y un hombre puede vivir con esta cantidad; no diréis que no, cuando sólo pediais seis sueldos. Resulta, pues, que con dos horas de trabajo de noche, puede un hombre

seguir sus cursos de la escuela de cirugía, de la escuela de medicina y de la de botánica.

— ¡Ah! exclamó Gilberto: os comprendo, señor, y os doy gracias con toda la sinceridad de mi alma.

Y se lanzó sobre la hoja de papel blanco que anciano le presentaba.